

Me presentó un maestro a cierto niño que mostraba una característica para él muy extraña. Ofrecía como escolar dos aspectos totalmente diferentes: el de la mañana y el de la tarde. Era en la sesión matutina aplicado, despejado de mente, fácil para la lección, disciplinado para el mandato. Resultaba por la tarde un escolar pésimo, dominado por una pereza invencible, apático a todo, incapaz de trabajar con la memoria, y quebrada por completo su voluntad. No protestaba, pero no había redituación alguna. "Son dos chicos diferentes—exclamaba el maestro—. Lo he ensayado todo: la persuasión, el castigo, el cambio de enseñanzas, llevando las de por la mañana a la tarde. Nada. En las horas vespertinas es un cepo, incapaz de nada útil." Lo reconocí. Tenía una enorme dilatación gástrica. Por su medio social, el alimento era a base de féculas. El trabajo digestivo y el trastorno funcional inhibían por completo toda actuación de la mente. Un régimen y unos medicamentos consiguieron la adaptabilidad de este "rebelde".

Conocimos un chico listo, normal, bien dispuesto. Acudía a un colegio y tropezó en la enseñanza de álgebra. La explicaba un extranjero con dificultades de idioma, y ello, unido a la poca afición del muchacho por los estudios matemáticos, lo pusieron en el trance de ser castigado con la copia de un número crecido